

Martinico Ventosa

DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 46 rs. id.

Números sueltos un real vellon.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martinico Ventosa

DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet, don Dionisio Brase y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

CONGRESO DE CARCANALES.

SESION EXTRAORDINARIA.

Pasa la escena en una plaza, que se cae de puro vieja. Son las doce de la noche. El cielo y los ojos del sereno tienen nubes. El alumbrado público ilumina lo bastante para demostrar que no ilumina; y el aceite que debia alimentarlo está condimentando la cena de los faroleros.

PERSONAJES.—Todas las casas de la plaza.

La esquina de los caracoles tiene la palabra y dice:

Yo pido la palabra

y me la otorgo.

¿Ha de haber presidente?

Pues yo me nombro.

Ea, salero:

anden las cosas claras

y el sol espeso.

Ilustres veteranas,

hijas de Cesar,

me han dicho que queriais

mover las lenguas.

No haya reparo;

mas como hablais sin dientes,

hablad despacio,

¿Quién pide la palabra?

Todas..... Yo, yo la quiero.

La esquina. Silencio, y la mas vieja

hable primero.

La mas torcida....

Todas..... Es que todas lo estamos.

La esquina. La mas antigua.

El núm. 9. Yo, que presencié el diluvio

y di amparo en su horfandad

al clarin de Jericó

y á la burra de Balaam:

yo, que escuché los clamores

de un sobrino de Caifás,

y ví de Cesar-Augusto

el cortejo desfilar:

yo, que albergué á Antonio Perez,

y le descargué á Murat

medio alero de tejado,

que si lo llega á alcanzar

aquí queda hecho jigote

tan ínclito general:

yo, la vieja entre las viejas,

quiero, y ya no aguardo mas,

que me jubilen; pues creo

que ya debo descansar.

La esquina. ¿Concluyó la decana?

El núm. 9. Ya he concluido.

La esquina. Aprenda de oratoria:

se dice—«He dicho.»

El núm. 9. (Aparte) ¿Me habrá insultado?

A qué rompo su esquina

de un ladrillazo...

El núm. 17. Yo no sé si nací cuando Pilatos,

pues con los años mi magin flaquea.

Sé que pasando estoy pésimos ratos:

que me avergüenzo de que el sol me vea.

Huyen de mi vejez hasta los gatos...

Pido me den de baja, y que otra sea

la que de alzarse aquí tenga el capricho,

y pues ya he acabado diré—«He dicho.»

El núm. 24. Puesto que llegó mi vez,
 apesar de mi vejez
 diré clara la verdad.
 Quiero hablar en puridad.
 Yo pertenezco á la plebe,
 seré llana y seré breve.
 Me construyó un zapatero
 con poquísimo dinero,
 y alzada fui tan á escote
 que me amasó con cerote.
 Desde el cimientó al desvan
 soy toda de cordobán.
 Me enmaderó el tenazuela
 con desperdicios de suela,
 y puso en vez de ladrillo
 retazos de becerrillo.
 Las ventanas que me dió
 con la lezna las abrió.
 Puso estaquillas por clavos,
 y por ligantones cabos.
 Hizo el alero, aun se vé,
 con un viejo tirapié;
 y un mandil agujereado
 me plantó para tejado.
 De tan ruin origen vengo:
 no sé cómo me mantengo.
 Pero harta ya de cansarme,
 he decidido tumbarme.
 Es razón y no capricho.
 Concluyo diciendo «he dicho.»

Varias casas quieren á la vez, hacer uso de la pa-
 abra. La presidenta abusa de la suya, agita fuerte-
 mente la campanilla y da el punto por suficientemen-
 te discutido, diciendo:

De lo dicho resulta,
 según infiero,
 que queremos hoy todas
 dejar el puesto.

Y es evidente
 que lo que aprueban todos
 es excelente.

Y propongo, señoras,
 se solicite
 que se nos dé de baja...

¿Hay quién replique? (Pausa.)

Pues han callado,
 este punto se aprueba.

Todas..... Queda aprobado.

Estiende la presidenta y despues de estendido lee el
 siguiente memorial:

EXCMO. SR.

En la ciudad de los conchos,
 el día que sale el sol,
 del mes de mira si viene,

del año que aun no pasó,
 A vucencia reverentes
 pedimos en peloton
 que nos saquen en escombros
 De este mercado feroz.
 Y pues ya es hora, y es justa
 tan humilde peticion,
 llegue á su excelente oído
 nuestra decrepita voz.
 Gracia que esperan merezca
 su especial aprobacion.
 De lo contrario á vucencia
 le damos un susto atroz,
 acostándonos un día,
 como una y una son dos,
 y al que pillemos debajo
 no ha de alcanzarle la uncion.
 Sin mas, mandar y espresiones.
 Cuidarse mucho, y adios.
 Por las que firmar no saben...
 La esquina del Caracol.

—
 ¡Chiton!

Don Cosme y Don Damian se encontraron ayer en
 una de nuestras calles.

—No dirá V. ahora, mi respetable señor don Cosme,
 que en Zaragoza no se trabaja. Ayer se principió esa
 zanja y ya hoy están colocados en ella los....

—Por Dios, don Damian, no hable V. tan alto.

—¿Y por qué no he de hablar? Ya era hora de que
 se pensase en erigir las...

—Chito, chito, don Damian....

—¿Y sabe V. al fin, (porque unos dicen mas y otros
 dicen menos) cuántas son....?

—Por las once mil vírgenes, baje V. la voz.

—Pues me parece que no grito mucho. Dicen que
 para antes del Pilar ya veremos correr las....

—Dále y dále. Es V. incorregible.

—Pero hombre, me parece que cuando en una ciudad
 se introducen mejoras; cuando esas mejoras merecen el
 elogio público: cuando los elogios á nadie disgustan,
 bien podemos hablar de las....

—Me voy, señor don Cosme, porque está visto que
 no quiero V. comprenderme.

—Como soy cristiano que no comprendo á V.

—Sepa V. pues, santo varon, que no se puede hablar
 de esto.

—¿Qué no se puede hablar....! ¿Y por qué?

—Por qué, por qué: porque todo lo que está V.
 viendo se hace en secreto.

—¡Aaaaaah!!!

DESDE PAMPLONA.

Amigo *Martinico*. Aquí nos tienes á tus ilustres amigos Lip y Riqui dispuestos á divertirnos como cuatro. Si lo hemos conseguido, es cosa de que vendrás en conocimiento al concluir de leer estos renglones.

DIA 7.

¿Sabes lo que es un tren especial? Debes saberlo; sin embargo, quiero darte mi opinion particular; que aun cuando no tengo la pretension de espresarla en todo doctoral y concluyente, creo valdrá tanto como otra cualquiera.

Para mí, un tren especial es una inmensa série de cubos de sardinas, que ruedan, que ruedan, hasta llegar á un punto dado; donde, si no son comidas de un bocado, lo son en detalle; y váyase lo otro por lo uno.

Creí escribirte como San Bartolomé, sin pellejo; pero como todavía no me ha presentado la cuenta la patrona, no sé á qué altura de despellejadura me encontraré.

Nada te mento de la poblacion; por que, puesto que la conoces y contigo la mayoría de nuestros apreciables lectores, omito una descripcion, que seria descolorida é inoportuna. Solo dejaré sentado, por salvar mi opinion particular, que Pamplona me gusta y..... punto redondo.

Como todo curioson, y aun que nada tengo de AFICIONADO, me diriji con el grave *Lip* á la plaza de los toros; donde hacian su *debut* en esta ciudad los hermanos Carmonas.

Nunca he podido comprender ni el tecnicismo, ni el modo de ejecutar las suertes tauromáquicas; así es, que no te diré si este mató despues de pases al natural ó á volapié; pues para mí lo mas natural sería matar de un tiro; y si aquel recibió ó no al toro: que en esto de recibir, lo mejor y lo que con mas donaire y gallardía han recibido y recibirán siempre los diestros serán los cuartos, que les adeude el empresario.

Te contaré que tuve el placer de ver lo que nunca habia visto; á saber: matar á un toro por la pezuña y poner banderillas en los ojos.

En resumen, me gustó el señor Gordito en aquello de poner palillos sentadito en la silla. Se conoce que es mozo crúo y echao pa adelante.

Despues de los toros habia fuegos *anti-oficiales*, como dicen en aquella *pieza*: algo se desgraciaron; pero á pesar de esto, se conoce que el polvorista no es rana, y es verdad, puesto que es polvorista.

Y..... finalmente; fuimos á ver una iluminacion como todas, y el *Embalat*, que ya conoces, y.... con esto y un bizcocho hasta mañana.

DIA 8.

En este dia asistí á la segunda corrida de toros, la

que me pareció detestable; pues los bichos no dieron juego y los de á pie y de acaballo estuvieron siempre descompuestos.

El calor era sofocante; razon por la qué nos fuimos á refrescar al teatro.

Ejecutábase la *Traviatta*: para mí, esta tan ponderada ópera del maestro Verdi, es bastante inferior á las sublimes inspiraciones de *Rigoletto* y *Trovatore*. No estoy por esa pesada geremiada, de accion ridícula que se llama *Traviatta*; ese *pot pourri* de melodías lacrimosas y de polkas y vales, que así unen las unas á las otras como el aceite y el agua. Y no se crea que de esto nazca algun estudiado contraste; en toda la partitura encuentro tal monotonía, que parece ser una comida de diferentes platos condimentados con la misma salsa. Pero esto no pasa de ser una opinion particular.

Hasta el telon de boca lloraba los amores de *Violeta*. Y no creas que así como se quiera; lloraba lágrimas de sangre. Lágrimas que Lip—como es tan gloton—se empeño en decir eran pimientos encarnados.

¿Que telon amigo *Martinico*! Aquello es lo sublime de lo malo. Allí se ven fuegos artificiales; piñas de algodón; grandes manchones ó pimientos—segun Lip—un fondo de un azul puerco, y para concluir de desentonar el cuadro, la embocadura de la escena mejorando al telon. ¿Que tal será la embocadura? Figúrate que es un inmenso cortinon, mal plegado, de tela de colchon, y de la de á doce cuartos.

Nada te diré de los *artistas ó virtuosos*, porque no sé si fué por el telon, aquel ó por la *Traviatta* aquella: el hecho es que no he podido fijar mi opinion.

DIA 9.

Este dia lo marcaré con piedra negra.

Un bromista, cuyo nombre *no quiero recordar*, nos llevó á San Lorenzo para que viéramos un *gran cuadro* de la degollacion de los inocentes. ¡Cruel! «La mejor degollacion que habrán visto ustedes» nos dijo.

Pues bien, *Martinico*: Positivamente el telon de boca del teatro es una obra maestra. Despues de aquella *degollacion* no cabe peor. Es lo sublime de lo monstruoso. Su autor puede envanecerse de haber hecho una cosa verdaderamente mala. Se necesita mucho, muchísimo talento para hacer un desatino mas completo. Allí no hay ni dibujo, ni perspectiva, ni composicion, ni colorido, ni anatomía, ni claro oscuro; solo se vé la degolladura (permítaseme esta frase) del sentido comun.

Despues de todo esto, y de hacer un saludo al Rafael de lo malo, no puedo decirte mas, si es que, huyendo como perros con maza, nos vinimos á la ciudad de Augusto.

VALE.

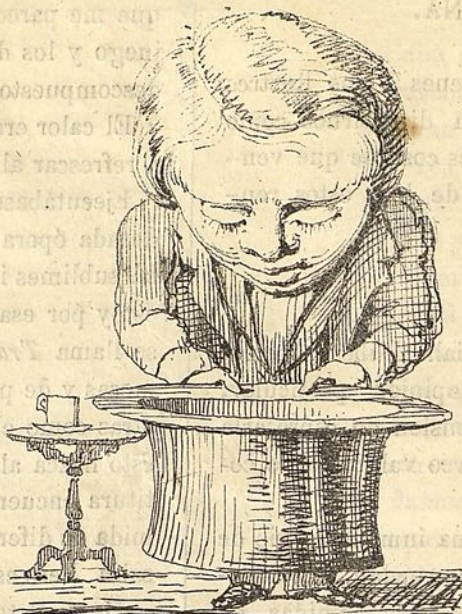
Ri- Qui.

REGALOS DE «EL DUENDE.»



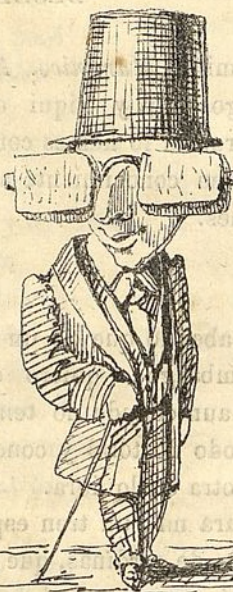
A LA CALLE DE JAIME I.

Habr  ensanche?—Aun no lo veo
Pues ser mosla y Laus Deo.



A NUESTROS SUSCRITORES.

Os damos, y no es dislate,
un saludo y chocolate.



A LOS CORTOS DE VISTA.

Para ver vuestros anteojos
tomad ese par de anteojos.



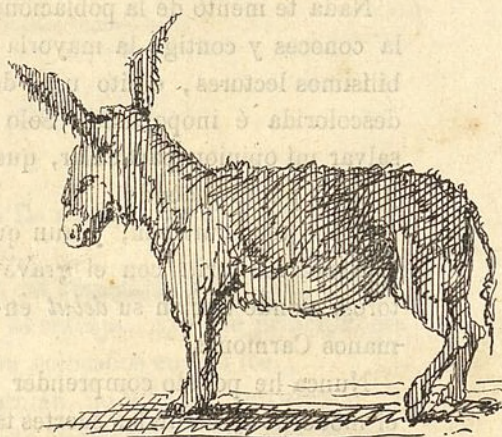
A LAS FUENTES....

 Qu  lindas! no estarán mal
debajo de este fanal.



A LA EMPRESA DEL TEATRO.

Para ver los abonados
Cual llegan precipitados.



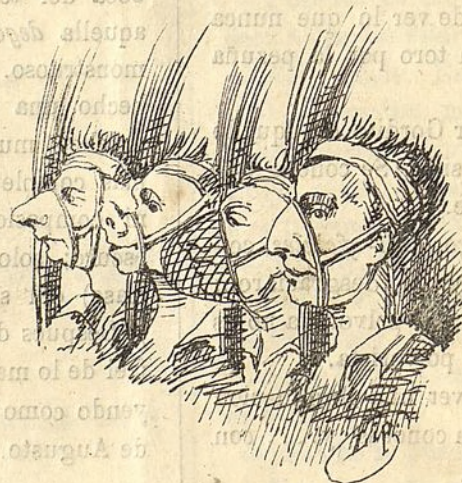
A NUESTROS ENEMIGOS PARTICULARES.

—Nuestro cariño os envia....
— Qu ?—Vuestra fotografía.



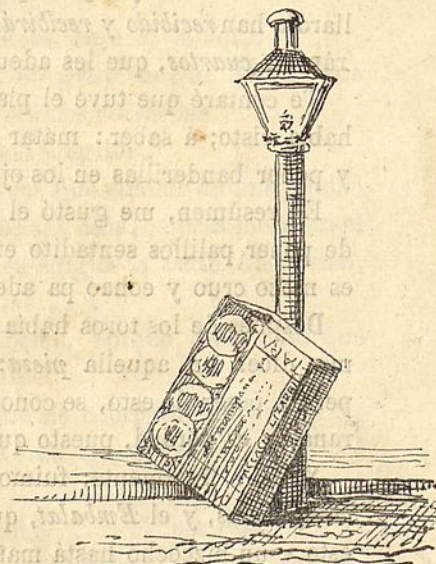
A LA POLICÍA URBANA.

Esgrimela con firmeza
en gracia de la limpieza.



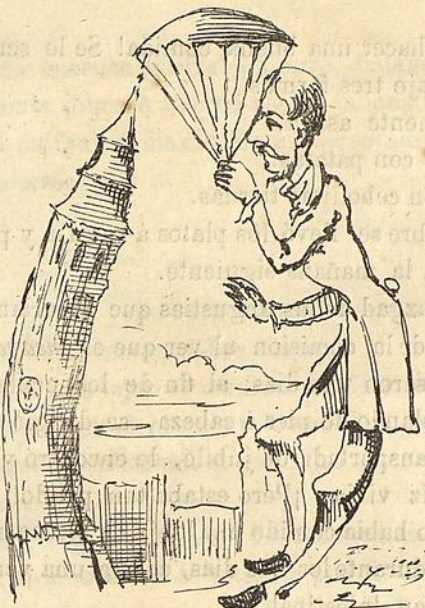
A LOS FEMATEROS.

Un boz , pues tanto gritan:
y   f  que lo necesitan.



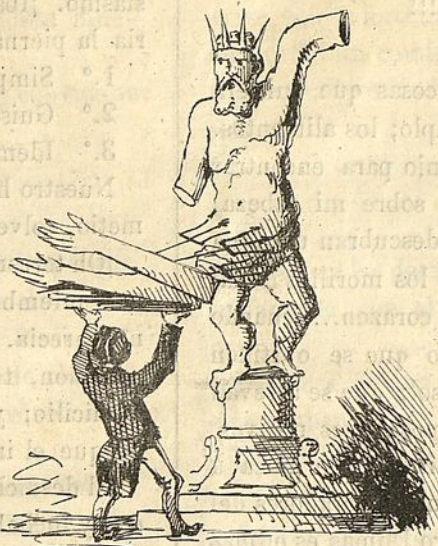
A UNO DE TANTOS FAROLES.

Al enfermo agonizante
cien fósforos de Cascante.



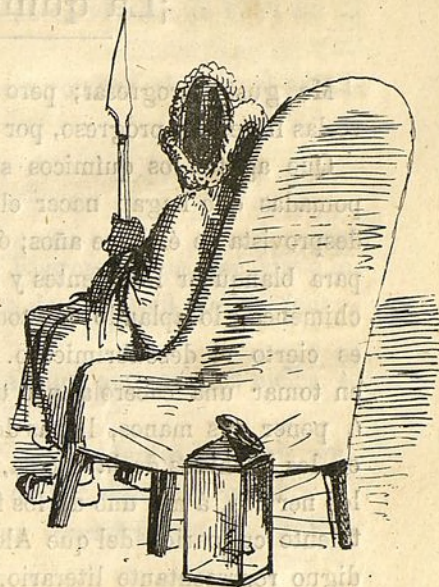
A LA TORRE-NUEVA.

Por si tienes un trabajo,
o nos atrapes debajo.



AL MUTILADO NEPTUNO.

Acepta nuestro presente:
toma un brazo y un tridente.



A LOS POBRECITOS SERENOS.

Esa butaca aceptad...
Dormid con comodidad.



A UNA INTERESANTE POLLITA.

Para que pesque con maña,
le regalamos la caña.



AL LUCERO DEL ALBA.

Hasta él, si nos da ocasion,
llevará su bofetón.



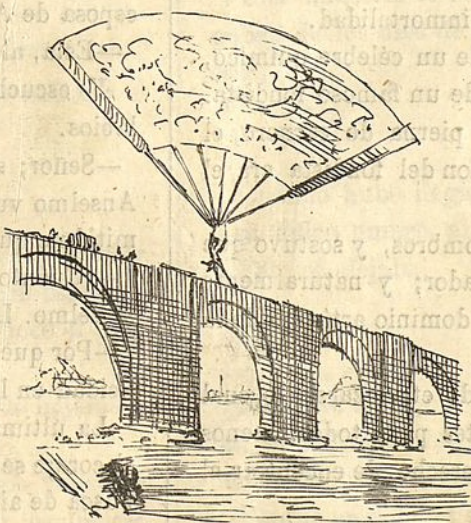
A LA PUERTA DE SANTA ENGRACIA.

Ese barril es bastante
a quitarte de delante.



A NUESTROS QUERIDOS MUNICIPALES.

—Dándoos está serenata...
—¡Como, un gato!—No; una gata.



AL PUENTE DE PIEDRA.

¡Te sofocas, pobrecito!
ahí tienes ese abanico.



A NOSOTROS MISMOS.

Y, por lo bien que lo hacemos,
incienso y laurel nos demos.

¡La química!!!

Me gusta progresar; pero hay cosas que quisiera verlas libres del progreso, por ejemplo; los alimentos.

Que agoten los químicos su genio para encontrar pomadas que hagan nacer el pelo sobre mi cabeza, desprovista de él hace años; ó que descubran un agua para blanquear los dientes y hasta los morillos de mi chimenea, lo aplaudo con todo mi corazón... cuando es cierto el descubrimiento. Pero que se obstinen en tomar una cacerola por un crisol; que se atrevan á poner sus manos, llenas de composiciones nocivas, en los hornillos de la cocina, me irrita, me ataca á los nervios, á mí, uno de los fervientes adoradores del talento culinario, del que Alejandro Dumas es el mas digno representante literario.

Rechazo con todas mis fuerzas su pan fabricado con serradizo de madera, su vino hecho con palo de campeche y sus empanadas confeccionadas con castañas de Indias: cosas todas que les parecen deliciosas; pero que se guardan muy bien de comer. No son tan estúpidos. ¿Habeis gustado, lectores míos, de esas legumbres conservadas por un prodigio de la química? ¡Valientes legumbres! Resisten no solamente á las injurias del tiempo, sino á los esfuerzos digestivos del estómago. De manera que el consumidor las *conservaría* perpetuamente en su bolsa estomacal, sino le desembarazase de ellas una consoladora indigestion.

Estos embalsamamientos alimentarios me conducen á hablaros de una famosa pierna de carnero, que figuró en la esposicion de los Campos Eliseos, en París, despues de haber sido precedentemente espuesta en el Palacio de Cristal en Lóndres; pierna conservada durante ocho años, y que hubieran querido conservar-la ocho siglos. Pero ¡oh desgracia! á no ser el Judio errante de la carnicería, el autor no podia esperar á tan remota época para gustarla.

Por lo cual se encargó una comision de examinar sus títulos y sus derechos á la inmortalidad.

Esta comision se componia de un célebre químico, de un ilustre embalsamador y de un famoso fondista.

Cuando se trató de comer la pierna de carnero, el químico pretendia que obligacion del fondista era el guisarla y el comerla.

El fondista se encogió de hombros, y sostuvo que esto correspondia al embalsamador; y naturalmente sostenia éste que pertenecia al dominio artístico de la química.

La discusion llevaba trazas de eternizarse, lo cual hubiera tenido sus inconvenientes para todos, menos para la pierna; que no tenia derecho de encontrar el tiempo pesado.

A fin de cortar de una vez los debates, se convino en que un pobre diablo, rebentando de hambre y conocido del fondista, se encargaria de digerir este inmortal producto.

El comedor en cuestion aceptó la oferta con entu-

siasmo. ¡Iba á hacer una buena comida! Se le serviría la pierna bajo tres formas.

- 1.º Simplemente asada.
- 2.º Guisada con patatas.
- 3.º Idem con cebollitas tiernas.

Nuestro hombre se llevó los platos á su casa y prometió volver á la mañana siguiente.

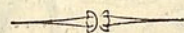
¡Oh terror! Juzgad de las angustias que pasarian los tres miembros de la comision al ver que el *ensayador* no parecia. Pasaron tres dias; al fin de los cuales la comision, temblando de pies á cabeza, se dirigió á su domicilio; y transportada de júbilo, le encontró vivo; porque el infeliz vivia. ¡Pero estaba tan pálido!

El desdichado habia comido una lonja de pierna asada, y luchaba, durante los tres dias, contra una verdadera insurreccion intestinal.

Su perro y su gato habian aprovechado la indisposicion del amo para devorar las dos terceras partes restantes de la pierna, y no habian dejado de ella mas que el mango. ¡Imprudentes! Y ¡Oh prodigio de la química! El gato y el perro habian sido sorprendidos por la conservacion de qué estaban saturados, y permanecian por una eternidad en la clásica actitud de un perro y un gato en presencia de una pata de carnero.

La comision conmovida, entusiasmada, determinó pedir un privilegio y una medalla para el inventor. Jamás habian visto un gato, un perro y una pierna de carne tan perfectamente conservadas.

Con tal descubrimiento, abajo los embalsamadores.



El ahorcado por conviccion.

(CONCLUSION AL NÚMERO ANTERIOR.)

En este momento entró en el templo la prometida esposa de Anselmo; se estremeció al verla y dijo:

—Esta, al menos, es buena.

Y escuchó la siguiente súplica que salia de sus labios.

—Señor; si en vuestra infinita sabiduría haceis que Anselmo vuelva á caer en manos de la justicia, permitidme que asista á sus últimos instantes...

—¡Cuánto me ama! ¡Cuánto sufre por mí...!—Dijo Anselmo. La jóven continuó.

—Por que dicen que la cuerda del ahorcado da la felicidad en la eleccion de un esposo...

La última ilusion del fugitivo desapareció; y como el coraje se apoderase de su alma, fué á la ventana en busca de aire.



La naturaleza vestía de gala.

Bajo el luminoso brillo de un sol resplandeciente aparecía la horca esbelta y coqueta.

Una curruca gorjeaba alegre, balanceándose muellemente sobre la cuerda recién jabonada.

El patíbulo tenía cierto aire de columpio y convidaba á mecerse.

Al pié se veía un hombre de aspecto siniestro que, colocada la mano sobre los ojos en forma de visera, miraba á lo lejos el camino de Epernay á Paris, que se alejaba en el horizonte como una cinta de plata.

Aquel hombre era el verdugo que aguardaba á su cliente.

Parece que el corazón de Anselmo se dilató al verle.

—¡Al menos este se interesa por mí! dijo. Ya no estoy solo en el mundo.

Después añadió:

—Ha estudiado en Paris: en diez segundos me despacharía.

(En todo tiempo ha ejercido Paris cierto prestigio sobre las provincias.)

Acarició con su mirada aquella horca, que parecía decirle:

—¡Ingrato!

Pero antes de tomar su postrera resolución, quiso analizar con sangre fría por qué falaces esperanzas de felicidad había tenido tanto apego á la vida. Acudieron á su imaginación

La familia,

La gloria,

El dinero,

Las mujeres,

La poesía.

La mesa.

Por toda familia dejaba tras sí un tío propietario.... de dos brutales defectos.

Era bestia y tenía memoria.

Quería imponer su propia bestialidad y se hacía el eco de la de los otros.

La gloria le pareció el único pretexto para destruir por medio de las masas en pleno día y con estrépito esta pobre raza humana, que se fabrica poco á poco en las sombras y en el misterio.

El resto no era mas que una cuestión de hojarasca y de pasamanería.

No pudo menos de reírse al recordar esos valientes rabiosos que, á falta de balas, se arrancan los dientes para cargar con ellos sus fusiles.

Vió el dinero en manos de unos cuantos bribones, momentáneamente astutos que, no pudiendo despo-

sarse con la fortuna, la habían violado un buen día en medio de un camino.

Pero la justicia les hacía vomitar el oro mal adquirido.

Pensó en las damas de Epernay, á las que vistió en su fantasía con el manto de la virtud que aparentaban.

Pero era de tan poco abrigo que, con los hielos, se constipaban.

Pensó en sus maridos tan prudentes que, en presencia de un tercero, no osaban decir «mi mujer.»

Los mas filósofos decían «nuestra mujer.» Hablaban como los periodistas.

Vió á las musas siempre placenteras.

Pero vírgenes siempre por falta de dote.

Sobre una mesa cubierta vió todos los alimentos falsificados.

La sana tradición del asado abandonada.

Venían los guisados y las salsas.

Detrás de ellos una cohorte de médicos para curar sus efectos.

Entonces exclamó:

—La cocina desaparece, desaparezcamos con ella.

Se dirigió á la rampa de la escalera y principió á bajar.

Pero á mitad de camino se detuvo para mirar por última vez al cielo. Había tomado su partido.

Una nubecita le hizo temer la lluvia. Se quitó el gaban de los días de fiesta, volvió á subir y tomó su saco.

Cuando hubo llegado á la plaza buscó con la vista á su único amigo, al que le aguardaba, al verdugo.

Este se alejaba.

Falto de trabajo y cargado de una numerosa familia, el pobre hombre iba al Monte de piedad á empeñar la cruz de su madre y la bandera de su padre.

Porque en aquel tiempo, la cruz y la bandera todavía iban juntas.

Reconociendo el verdugo á Anselmo, le dijo con una amable sonrisa:

—Casi desesperaba ya de verte.

—Pues aquí me tienes; soy tuyo.—Le contestó resueltamente Anselmo.

=

En aquel momento salía la gente del templo.

El sentenciado sintió un movimiento de desprecio hacia aquella multitud que se amontonaba al rededor de la horca.

—Viéndome ahorcar estos tunantes se tendrán por gente honrada.

=

Como, de todos modos, aquella gente constituía un público, la vanidad de Anselmo se despertó.

Tuvo miedo de morir mal.

—¿Sentiré mucho el dolor?—Preguntó al verdugo.

—Al poco rato ya no sentirás nada.—Le contestó.

=

Principió Anselmo á subir la escala; y comprendiendo el amigo que le debía algun obsequio, le dijo:

—Eres un buen muchacho, y no puedo menos de ofrecerte una copita de aguardiente: es anisado.

—Gracias: le contestó Anselmo. Me gusta mucho; pero suele incomodarme despues durante algunos dias.

=

Diez segundos mas tarde ya estaba ahorcado.

=

En cuanto á la cuerda que, segun la sensible niña, llevaba consigo la felicidad, de mano en mano fué á parar á las de Lapeyrouse.

=

Cuentos de El Duende.

Decía un pobre barrendero de la Municipalidad hace pocos dias:

—Todo el mundo dice que barremos mal, y no diré yo que barramos bien. Pero mire V. aquel carro cargado de paja: va dejando por donde pasa toda una parva, que luego hará falta al amo y al criado. Ve V. aquel otro carro de yeso: desde la fábrica hasta la obra se deja la mitad por las calles, robando al comprador, mancando lo que limpiamos y volviendo blancos á los transeuntes. Mire V. aquella... criada; baja muy fresca y enmedio de la calle, zás.... ¿Huele V. lo que ha dejado? Por todas partes sucede lo mismo. ¿Qué hacemos cinco hombres y un macho con limpiar, si tantos miles de los primeros y de los segundos lo ensucian al Jesus! Nada, señor: multa al que ensucie; multa á los municipales que lo consienten: multa, si es preciso, hasta al señor....

—Tiene razon el barrendero, dijo una vieja.

—Y ya se vé que la tengo; pero siempre han de pagar justos por pecadores, y se ha de quebrar la soga por lo mas delgado.

Se habla de un proyecto colosal, para cuya realizacion se habrá de echar abajo media ciudad, y cuyo coste ascenderá á la vicoca de *cuarenta millones de reales*. Es un grano de anís. ¡Cuarenta millones..! ¿Y se han de gastar en Zaragoza? *El Duende* apuesta la mejor de sus pipas contra una pieza de dos cuartos á que se queda en proyecto. ¿Hay alguno que quiera apostar?

Aquellos niños andrajositos, insolentitos, holgazanitos y escandalositos, que fijaron su cuartel general desde la fonda de Europa hasta la casa del Sr. de Marraco, continúan sin novedad, jugando, holgando, jurando y escandalizando, á pesar de los avisos y de las súplicas de *El Duende*. Hasta que los vecinos levanten una cruzada y armados de garrotes dispersen á los tales sarracenos en flor.... Quisiera *El Duende* que le avisáran, para acudir armado de su correspondiente escoba.

Un municipal. = Por la acera no se puede ir con carga. Salga V. al arroyo.

El ciudadano cargado. = No me da la gana. Yo voy por donde quiero.

El municipal. = No lo decía por tanto. Vaya V. con Dios y V. perdone.

Un gallo, conocedor del bello sexo, y recordando el refran *«No la hagas y no la temas»*,—resuelto á tomar estado, buscó á una tonta, vizca, jorobada y chata y se casó con ella. Pasó tranquilo los dos primeros años; pero al tercero sorprendió á un jóven dependiente en el gabinete de la señora.—Malvado, dijo al querubin, acompañando la palabra con unos arpegios de puntapiés y de sopapos; ¡te atreves á seducir á mi muger y á tan corta edad... y á una muger tan fea...!—Justamente por eso; contestó el seductor. Principio por lo feo, para saber apreciar despues lo hermoso.

Se cuenta que el general*** estaba disgustado de uno de sus ayudantes por su conducta en la guerra de Africa. Cuando el general volvió á Madrid, despues de concluida la campaña, el oficial, ansioso de recobrar su gracia, se atrevió á visitarle en el momento en que el valiente veterano recibia á varios de sus amigos; pero al verle el general le volvió la espalda.

—Ah, general, doy á V. E. las gracias; le dijo el oficial; pues no me recibe como á enemigo.

El general sorprendido le miró severamente y preguntó:

—¿En qué lo conoce V., caballero?

—En que si me mirase V. E. como enemigo, seguramente no me volveria la espalda.

El general no pudo menos de celebrar esta ingeniosa contestacion y, por la primera vez en su vida, se confesó vencido.

Editor responsable: MANUEL ALLUE.
Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustín Peiro.—1862.